**Gilberto X, Cazador de Vampiros**

Gilberto Xavier era un joven de dieciséis años, un estudiante de segundo año de preparatoria cuya existencia parecía desvanecerse entre los pasillos abarrotados de la escuela. No era solo corriente, sino de una ordinariedad casi dolorosa, como si el universo hubiera olvidado añadirle un destello de singularidad. Flaco, con extremidades desgarbadas que parecían no haber encontrado aún su lugar en el mundo, y un rostro adornado por un vello facial ralo que apenas insinuaba una sombra, Gilberto vivía atrapado en su propia torpeza. Sus pasos eran un eco inseguro, sus manos solían tropezar con lo que intentaban sostener, y sus ojos, de un castaño apagado, se perdían con frecuencia en el horizonte de sus ensoñaciones. Pasaba los días solo, un lobo sin manada, un alma que parecía destinada a orbitar en los márgenes de la vida escolar.

En su soledad, Gilberto había construido un refugio: sus sueños despiertos. La mayoría de ellos giraban en torno a Germion, o "Germi", como la llamaban sus amigas. Germi era su sol inalcanzable, una chica de cabello dorado que caía en cascadas brillantes, con una frente algo más amplia de lo normal que, en lugar de restarle encanto, le otorgaba un aire peculiar, casi regio. Sus pasos eran ligeros, como si flotara sobre el suelo polvoriento de la escuela, y su risa resonaba en los corredores como un canto que Gilberto solo podía admirar desde lejos. Era su amor imposible, una musa que habitaba tanto sus fantasías como los rincones más oscuros de su corazón adolescente.

Un día, en la monótona clase de matemáticas, mientras el profesor —un hombre rechoncho de cuello inexistente y voz rasposa— garabateaba ecuaciones indescifrables en el pizarrón, Gilberto se dejó llevar una vez más por su imaginación. Cerró los ojos y se vio a sí mismo en una pradera infinita, el césped verde acariciando sus tobillos. Allí, bajo un cielo de un azul imposible, arrancó una flor silvestre del suelo. Al acercarla a su rostro para inhalar su fragancia, la flor se transformó ante sus ojos en Germi, pero no como la conocía: era una versión etérea, una hada de alas traslúcidas que brillaban con destellos iridiscentes. Ella lo miró con ojos profundos y le susurró con una voz que parecía tejida de viento: "Si quieres tenerme, primero debes resolver el valor de x...". El sueño se deshizo como niebla al amanecer cuando un coro de risas lo arrancó de su trance. Abrió los ojos, confundido, y sintió un hilo de saliva deslizándose por su barbilla. Todo el salón lo observaba, algunos con burla, otros con lástima. El profesor, con los brazos cruzados y una ceja arqueada, lo miraba expectante. Frente a él, en el pizarrón, una ecuación monstruosa parecía reírse de su ineptitud. "¿Otra vez perdido en el reino de Morfeo, joven?" dijo el profesor con un tono que destilaba sarcasmo. "¿Por qué no trae una almohada la próxima vez?". Las risas estallaron como un aullido de hienas, y Gilberto, con el rostro ardiendo, bajó la mirada al cuaderno donde había garabateado círculos sin sentido. No era la primera vez que quedaba en ridículo. La semana anterior, había olvidado su libro de biología y, en su lugar, sacó por error un ejemplar del “Libro Vaquero”, una revista de vaqueros subidos de tono que usaba como "material de investigación". El salón entero se había desternillado de risa, y él, como siempre, había soportado la humillación en silencio. Era un ritual al que nunca se acostumbraría, pero que ya no lo sorprendía.

Sin embargo, su obsesión por Germi lo empujaba más allá de la vergüenza. Había comenzado a seguirla después de clases, como un sombra torpe y desesperada. Al sonar la campana final, esperaba en los pasillos, fingiendo ajustar su mochila o detenerse en el bebedero, para luego deslizarse tras ella hasta el estacionamiento. Quería descifrar dónde vivía, fantaseando con enviarle una serenata o un ramo de flores, aunque su realidad era mucho más prosaica: no tenía un centavo, y sus bolsillos estaban tan vacíos como sus planes. Aun así, en su mente, cada paso que daba detrás de Germi lo acercaba a un destino grandioso. Ella era todo lo que él no era: popular, radiante, el tipo de chica que los demás admiraban con susurros y miradas furtivas. Él, en cambio, era invisible, salvo cuando tropezaba o se humillaba frente a todos.

Una tarde, mientras ejecutaba su rutina de acecho, ocurrió algo que alteró el curso de su vida. Germi, distraída al salir del salón, dejó caer un pedazo de papel que revoloteó hasta el suelo. Gilberto, con el corazón latiéndole en la garganta, lo recogió con manos temblorosas y salió corriendo hacia su bicicleta. Pedaleó con furia tras el auto de los padres de Germi, imaginándose a sí mismo como un héroe de película: le devolvería la nota, ella lo miraría con gratitud, sus padres lo invitarían a cenar, y tal vez, solo tal vez, Germi le daría un beso. Pero la realidad, como siempre, lo traicionó. El auto se perdió en la distancia, y él, exhausto y jadeante, decidió rendirse y volver a casa. La nota, al menos, seguía en su poder, un tesoro que prometía un mañana diferente.

Al llegar a su hogar, Gilberto apenas saludó a su familia. Subió las escaleras de dos en dos, se encerró en su habitación y, con el corazón acelerado, extrajo la nota de su mochila. La desplegó sobre la cama y la examinó con reverencia, como si fuera un pergamino antiguo. Sus ojos recorrieron las líneas, pero lo que vio lo dejó perplejo. La mayor parte del texto era un galimatías de símbolos y caracteres incomprensibles, como un código sacado de una película de espías. Solo al borde de la página, escrito con una caligrafía apresurada, había algo legible: "Sólo los cerditos van al Trochil". ¿Qué demonios significaba eso? Gilberto frunció el ceño, pero la confusión pronto dio paso a la emoción. No importaba qué dijera la nota; era de Germi, y eso le daba un pretexto para acercarse a ella. Se tumbó en la cama, imaginando mil escenarios: él le devolvía la nota, ella lo miraba con ojos brillantes, lo invitaba a salir, y juntos vivían un romance digno de sus sueños. Fantaseó hasta que el cansancio lo venció, y se quedó dormido con la nota aferrada entre sus dedos. Esa noche, soñó con un cerdo parlante que lo derrotaba en una partida de ajedrez, riéndose con gruñidos mientras movía las piezas. No entendió el sueño, pero lo descartó como una rareza de su mente agotada.

A la mañana siguiente, Gilberto despertó con una energía que no había sentido en meses. Su madre, al verlo tararear mientras se servía cereal, comentó algo sobre su buen humor, pero él apenas la escuchó. Se puso el uniforme a toda prisa, agarró su mochila y pedaleó hacia la escuela con el viento zumbándole en los oídos. Llegó temprano y se dirigió al salón de informática, la primera clase del día. Como aún no había nadie, sacó la nota para asegurarse de que no había sido un sueño. La emoción lo embargó tanto que, en un impulso absurdo, comenzó a besar el papel, sus labios rozando los garabatos de Germi.

Entonces, la puerta se abrió. El profesor de informática, un hombre de piel morena con cabello corto y un pasado rumoreado como hacker en los noventa, entró y lo pilló en el acto. "¿Qué te mandó la novia, Gilberto?" dijo con una risita burlona, aunque sin malicia. Gilberto, rojo como tomate, guardó la nota a toda prisa, pero en ese instante tuvo una epifanía. Si alguien podía descifrar esos símbolos extraños, era el profesor Meche. Juntando valor, se acercó y le extendió la nota. "¿Tiene idea de qué significa esto?" preguntó con voz temblorosa.

Meche tomó el papel con desgana, pero al examinarlo, su expresión cambió. Sus ojos se abrieron de par en par, y un sudor frío le perló la frente. "El Trochil..." susurró, más para sí mismo que para Gilberto. El ambiente en el salón se volvió denso, casi opresivo. Tras unos segundos que parecieron eternos, Meche lo miró fijamente. "¿De dónde sacaste esto, Gilberto?" exigió saber, su tono grave y urgente.

Gilberto dudó. ¿Debía mentir? ¿Decir la verdad? Optó por una evasiva torpe. "Me la dio una amiga, jeje", dijo, riendo nervioso mientras su rostro se encendía. Meche no pareció convencido, pero guardó silencio por un momento antes de responder. "Ven a verme después de clases en la cafetería. Trae una torta de lomo y sé discreto". Luego, sin más, se guardó la nota en el bolsillo y dio media vuelta, dejando a Gilberto con el corazón en la garganta y la mente hecha un torbellino. ¿En qué se había metido? Y, lo más importante, ¿cómo iba a acercarse a Germi ahora que había perdido su excusa?

El resto del día fue una tortura. Gilberto apenas pudo concentrarse, su cabeza dando vueltas entre el misterio de la nota y la ansiedad por el encuentro con Meche. Cuando sonó la campana final, corrió al puesto de tortas más cercano. Nervioso, balbuceó: "Deme una lomo de torta", y el vendedor, un hombre de rostro agrio, le entregó una torta de lomo sin siquiera mirarlo. Pagó con manos temblorosas, guardó el pedido en su mochila y pedaleó hacia la cafetería.

Al llegar, vio a una figura solitaria en una esquina. Era Meche, pero parecía sacado de una novela de espías: gabardina oscura, sombrero ladeado, un disfraz tan ridículo que atraía más atención de la que evitaba. Gilberto se acercó, tomó asiento y, con torpeza, sacó la torta y la puso sobre la mesa. "¿Trajiste el encargo?" preguntó Meche. Gilberto asintió, y el profesor, sin ceremonias, comenzó a devorar la torta como si no hubiera comido en días.

"Escucha bien, hijo", dijo entre mordiscos, con un tono que oscilaba entre la advertencia y la confesión. "Yo también fui joven una vez. Me creía invencible, me metía en lugares donde no debía. Así aprendí que hay cosas que es mejor no saber". Gilberto lo miró, desconcertado. Los rumores sobre Meche eran muchos: que había sido un hacker legendario, que trabajaba encubierto para la policía cibernética, que su vida como maestro era una fachada. Lo único claro era que cargaba un pasado pesado. "Esa nota que encontraste", continuó Meche, "es una dirección codificada para la deep web. Un lugar llamado 'El Trochil'".

Gilberto parpadeó. Había oído hablar de la deep web en videos de YouTube, pero para él no era más que un mito urbano. "¿Qué es 'El Trochil'?" preguntó, su voz apenas un susurro.
Meche lo miró fijamente, sus ojos oscuros como pozos sin fondo. "Es un sitio ilegal, un secreto incluso dentro de la red profunda. Los más ricos del mundo apuestan fortunas para ver algo que no creerías: humanos cazados por vampiros en una arena clandestina". Gilberto soltó una risa nerviosa. "¿Vampiros? Eso no existe, profe".

Meche no sonrió. "Si no me crees, puedes entrar tú mismo. Solo necesitas..." Hizo una pausa, como si dudara en seguir, y luego suspiró. "Pero te lo advierto, Gilberto: hay puertas que, una vez abiertas, no se pueden cerrar". Gilberto se quedó inmóvil, con la boca entreabierta y el eco de las palabras de Meche resonando en su cabeza como un tambor distante. Vampiros. Arenas clandestinas. La deep web. Todo sonaba a una broma pesada, algo que el profesor habría inventado para asustarlo o para reírse de su ingenuidad. Pero la seriedad en los ojos de Meche, esa sombra de temor que no podía fingirse, le decía que no era un juego. El aire en la cafetería se sentía más denso, como si el peso de lo que acababa de escuchar hubiera aplastado el oxígeno del lugar. Tragó saliva, intentando procesar la locura que le estaban contando.

"¿Entonces... qué hago?" preguntó finalmente, su voz temblorosa rompiendo el silencio. "Digo, si esto es tan serio, ¿por qué no lo tira o lo quema o algo por el estilo? ¿Por qué me lo está contando?" Meche dejó los restos de la torta sobre la mesa y se limpió las manos con una servilleta, aunque sus dedos seguían temblando ligeramente. "Porque ya lo viste, Gilberto. Porque lo recogiste. Y porque alguien como tú, que no sabe dónde se está metiendo, es justo el tipo de persona que ellos buscan". Hizo una pausa, inclinándose hacia adelante hasta que sus rostros quedaron a pocos centímetros. "Si no te lo cuento, podrías terminar siendo el próximo en esa arena, sin siquiera saber cómo llegaste ahí".

Gilberto sintió un escalofrío recorrerle la espalda. "¿Ellos? ¿Quiénes son 'ellos'?" Su mente saltó a Germi de inmediato. ¿Estaba ella involucrada? ¿Era esa nota una prueba de algo más oscuro de lo que jamás había imaginado? La idea de que su musa, su inalcanzable Germi, pudiera estar ligada a algo tan macabro lo llenó de una mezcla de miedo y traición.

Meche suspiró, recargándose en la silla con un aire de cansancio que lo hacía parecer diez años mayor. "No sé quiénes son exactamente. Nadie lo sabe, no del todo. Los que manejan 'El Trochil' son fantasmas, sombras con más dinero y poder del que puedes imaginar. Pero esa nota..." Tocó el bolsillo donde la había guardado, como si quemara. "No es solo una dirección. Es una invitación. Y el hecho de que la tuvieras en tus manos significa que ya estás en su radar, quieras o no".
Gilberto palideció. "¿En su radar? Pero si yo no hice nada, solo la recogí del suelo porque se le cayó a..." Se detuvo abruptamente, dándose cuenta de que estaba a punto de delatar a Germi. Meche arqueó una ceja, pero no lo presionó para que terminara la frase.

"No importa de dónde la sacaste", dijo el profesor, su tono cortante. "Lo que importa es lo que hagas ahora. Tienes dos opciones: olvidarte de esto, tirar la idea de esa nota como si nunca hubiera existido y rezar para que no vengan por ti... o seguir adelante, descifrarla y ver hasta dónde te lleva esa madriguera".

Gilberto frunció el ceño. "¿Y qué pasa si elijo olvidarlo? ¿De verdad cree que me dejarían en paz?"
Meche soltó una risa seca, carente de humor. "No tengo idea, hijo. Pero te doy un consejo: en mi experiencia, el silencio no siempre es seguridad. A veces, es solo el preludio de algo peor".
El viaje de regreso a casa en su bicicleta fue un borrón. El viento frío de la tarde le azotaba la cara, pero no podía sentirlo. Su mente era un torbellino de preguntas sin respuesta. ¿Era todo esto real? ¿O Meche estaba loco, atrapado en alguna paranoia de su pasado como hacker? Pero entonces, ¿qué significaban esos símbolos en la nota? ¿Y por qué Germi la tenía? Cuando llegó a su habitación, se desplomó en la cama, mirando el techo como si las respuestas estuvieran escritas en las grietas de la pintura.

La curiosidad, esa vieja amiga que lo había metido en tantos problemas, comenzó a susurrarle al oído. ¿Y si lo intentaba? ¿Y si descifraba la nota? No tenía que entrar a esa tal deep web, solo... investigar un poco. Saber más. Por Germi. Por él mismo. Encendió su vieja computadora, una reliquia que zumbaba como un motor a punto de colapsar, y abrió el navegador. Sus dedos vacilaron sobre el teclado. No sabía por dónde empezar, pero recordaba algo que Meche había mencionado: "Solo necesitas...". ¿Qué había querido decir? La frase se había cortado, como si el profesor hubiera dudado en darle la llave.

Buscó "El Trochil" en Google, pero no encontró nada útil: solo referencias a página porno y algunas fotos de cerditos. Entonces probó "deep web" y "cómo entrar". Las primeras páginas eran advertencias, historias de terror urbanas sobre mercados negros y hackers despiadados. Leyó sobre Tor, una red anónima que prometía acceso a los rincones oscuros de internet. Descargó el programa con manos temblorosas, sintiendo que cada clic lo acercaba más a un precipicio del que no podría regresar.

Cuando Tor finalmente se instaló, Gilberto se quedó mirando la pantalla en blanco. No tenía la nota —Meche se la había quedado—, pero recordaba los símbolos y la frase: "Solo los cerditos van al Trochil". Tecleó esas palabras en la barra de búsqueda, esperando que fuera una contraseña o una pista. Nada. Solo un mensaje de error. Frustrado, cerró los ojos y trató de visualizar la nota. Los caracteres eran un caos, pero había un patrón, algo que parecía una URL extraña, llena de números y letras sin sentido. Con un esfuerzo titánico, reconstruyó lo que pudo en su memoria y lo escribió. La pantalla parpadeó. Por un momento, pensó que la computadora se había colapsado, pero entonces apareció una página negra con un solo elemento: un dibujo tosco de un cerdo con colmillos, y debajo, una caja de texto que decía: "Ingresa el código". Gilberto sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. ¿Qué código? Miró alrededor, como si la respuesta fuera a materializarse en su cuarto desordenado. Entonces, un pensamiento lo golpeó como un rayo: la nota. La frase al borde de la página. Tecleó "Solo los cerditos van al Trochil" y presionó Enter.

La pantalla se oscureció de nuevo, y luego, lentamente, comenzó a cargar algo. Una transmisión en vivo. La imagen era granulada, pero clara: una arena circular, iluminada por antorchas parpadeantes. En el centro, una figura encapuchada corría, tropezando en la tierra húmeda. Alrededor, sombras rápidas se movían, demasiado veloces para ser humanas. Un grito atravesó los parlantes de la computadora, y Gilberto se apartó de la pantalla, su corazón latiendo tan fuerte que pensó que se le saldría del pecho.

Antes de que pudiera procesar lo que veía, un mensaje emergente apareció en la esquina: "Bienvenido al Trochil, espectador #437. Haz tu apuesta". Debajo, una lista de nombres y números que no entendía. Pero uno de ellos lo hizo congelarse: "Germion Valdez". El nombre de Germi estaba ahí. ¿Era ella una víctima? ¿Una participante? ¿O algo peor?

Un golpe en la puerta lo hizo saltar. "¡Gilberto, la cena!" gritó su madre desde el pasillo. Cerró la computadora de golpe, su respiración entrecortada. No sabía qué hacer, pero una cosa era segura: ya no podía fingir que esto no era real. La madriguera del conejo se había abierto, y él estaba cayendo sin remedio.

Gilberto se quedó mirando la pantalla cerrada de su computadora, el eco del grito que había escuchado resonando en su mente como un tambor de guerra. Su cuarto, con sus posters descoloridos y su cama deshecha, de repente le parecía un lugar extraño, como si el mundo al que había pertenecido toda su vida se hubiera desmoronado en un instante. El nombre de Germi en esa lista —"Germion Valdez"— lo perseguía, clavándose en su pecho como una daga helada. ¿Qué significaba? ¿Era ella una víctima atrapada en esa pesadilla, o estaba jugando un papel que él no podía ni imaginar? La idea de que su musa, su inalcanzable Germi, pudiera ser algo más que la chica dorada de sus sueños lo llenaba de un terror que no sabía nombrar.

El segundo golpe en la puerta lo sacó de su trance. "¡Gilberto, te dije que bajes a cenar! ¿Qué estás haciendo ahí encerrado?" La voz de su madre era una mezcla de impaciencia y preocupación. Murmuró un "ya voy" apenas audible, pero no se movió. Sus manos temblaban mientras las pasaba por su cabello, intentando encontrarle sentido a lo que había visto. Necesitaba respuestas, y la única persona que podía dárselas era Germi. Ella era el centro de todo esto, y él lo sabía, aunque no quisiera admitirlo.

A la mañana siguiente, Gilberto apenas durmió. Las ojeras marcaban su rostro como tatuajes de insomnio, y su madre lo notó mientras desayunaban en silencio. "¿Estás enfermo?" preguntó, sirviéndole más jugo de naranja. Él negó con la cabeza, forzando una sonrisa que no convenció a nadie, y salió rumbo a la escuela con la mente en otro lugar. Pedaleó con furia, el aire frío cortándole la piel, pero no lo sintió. Solo podía pensar en confrontar a Germi, en preguntarle por qué su nombre estaba en esa lista, qué era "El Trochil" y por qué esa nota había terminado en sus manos.

Al llegar a la escuela, dejó su bicicleta en el estacionamiento y se dirigió al salón de clases con pasos decididos. La vio de inmediato: Germi estaba en el pasillo, rodeada de sus amigas, riendo como si el mundo fuera un lugar ligero y sin sombras. Su cabello dorado brillaba bajo la luz del sol que se filtraba por las ventanas, y por un instante, Gilberto sintió ese viejo cosquilleo en el estómago, esa adoración que lo había llevado a seguirla como un perro perdido. Pero esta vez era diferente. Esta vez, había miedo mezclado con su obsesión.

Se acercó, con las manos sudadas y el corazón latiéndole en la garganta. "Oye, Germi", dijo, su voz saliendo más aguda de lo que esperaba. Ella se giró, sorprendida, y sus amigas lo miraron con esa mezcla de burla y curiosidad que él conocía tan bien. "Necesito hablar contigo. Es... importante".

Germi arqueó una ceja, pero sonrió con esa dulzura que siempre lo desarmaba. "Claro, Gil. ¿Qué pasa?" Sus amigas se alejaron, murmurando entre risas, dejándolos solos en el pasillo. Gilberto respiró hondo, buscando las palabras. "Encontré algo tuyo ayer", empezó, sacando valor de algún rincón olvidado de sí mismo. "Una nota. La dejaste caer en el estacionamiento".

El rostro de Germi cambió por una fracción de segundo. Fue un destello, un parpadeo de algo oscuro en sus ojos verdes, pero lo cubrió rápidamente con una risita despreocupada. "¿Una nota? Ay, qué torpe soy. ¿Qué decía? ¿Mi tarea o algo así?"

Gilberto la miró fijamente, buscando alguna grieta en su fachada. "No era una tarea. Era... algo raro. Símbolos, códigos. Y una frase: 'Solo los cerditos van al Trochil'. ¿Qué significa eso, Germi?"
Ella se quedó quieta, demasiado quieta, como un animal que acaba de detectar a un depredador. Luego inclinó la cabeza y sonrió. "No tengo idea de qué estás hablando, Gil. Suena como algo que inventaste para impresionarme o algo por el estilo". Soltó una carcajada, pero sonó hueca, forzada.

"No lo inventé", insistió él, su voz ganando fuerza. "Lo vi. Entré a esa página, Germi. Vi la arena, las sombras, los nombres. Y el tuyo estaba ahí. 'Germion Valdez'. ¿Por qué?"
Por un momento, el pasillo pareció congelarse. El bullicio de los estudiantes a su alrededor se desvaneció, y solo quedaron ellos dos, atrapados en un silencio que pesaba como plomo. Entonces, Germi dio un paso hacia él, tan cerca que pudo oler su perfume, una mezcla dulce y floral que alguna vez había adorado. "Eres más listo de lo que pensé, Gilberto", susurró, su voz baja y afilada como una navaja. "Pero también más estúpido".

Antes de que pudiera reaccionar, ella se apartó y caminó hacia el salón, dejándolo temblando en el pasillo. Sus palabras lo golpearon como un puñetazo: no era una negación, sino una confesión disfrazada. Germi sabía exactamente de qué hablaba. Y lo peor: no parecía sorprendida de que él lo hubiera descubierto.

El resto del día fue una niebla. Gilberto apenas escuchó las clases, su mente atrapada en un bucle de confusión y traición. Esperó en el estacionamiento, oculto tras un árbol, observando a Germi subir al auto de sus padres como siempre. Pero esta vez no la siguió. No necesitaba hacerlo. Sabía que ella había dejado caer esa nota a propósito. Lo había elegido a él. Pero, ¿para qué?

Esa noche, volvió a abrir Tor y entró al sitio del Trochil. La transmisión en vivo seguía ahí, pero ahora había un nuevo mensaje esperándolo: "Espectador #437, tu víctima ha sido registrada. Prepárate para la iniciación". Debajo, una cuenta regresiva marcaba 48 horas. Gilberto sintió que el suelo se abría bajo sus pies. No era un espectador. Era la presa.

Entonces todo encajó. Germi no era una víctima ni una rehén en ese juego macabro. Era una participante. Y él, el torpe y solitario Gilberto, era su boleto de entrada al club del Trochil. Recordó lo que Meche había dicho: "Es una invitación". Pero no era para él como espectador, sino como sacrificio. Para entrar al exclusivo círculo de los apostadores, cada miembro debía ofrecer una víctima, alguien que nadie extrañaría demasiado, alguien que pudiera desaparecer sin hacer olas. Y Germi lo había elegido a él, el chico invisible que la seguía como un cachorro, el que soñaba con ella mientras el mundo se reía a sus espaldas.

El pánico lo inundó. ¿Qué podía hacer? ¿Correr? ¿Decirle a alguien? Sus padres no le creerían, y la policía probablemente lo tomaría por un loco. Meche era su única esperanza, pero incluso él parecía temerle a lo que había detrás de esa nota. Miró la pantalla, la cuenta regresiva marcando 47 horas y 58 minutos. Luego, un nuevo mensaje apareció: "El cerdo ya ha sido marcado. No hay escape". Al lado, una imagen granulada: él mismo, pedaleando su bicicleta hacia casa la noche anterior, capturado por una cámara oculta.

Gilberto dejó caer la cabeza entre las manos. Germi no solo lo había traicionado; lo había condenado. Y ahora, las sombras de la arena lo esperaban, rápidas y hambrientas, mientras el reloj seguía su marcha implacable.

Gilberto yacía en su cama, con el eco de la cuenta regresiva del Trochil resonando en su mente como un tambor fúnebre. Las 47 horas y 58 minutos se reducían implacablemente, y la imagen granulada de sí mismo pedaleando su bicicleta bajo la mirada de una cámara oculta lo había dejado helado. Pero algo cambió en ese instante. Por primera vez en su vida, el miedo no lo paralizó; lo encendió. Toda su existencia había sido una sombra, un eco débil en los márgenes de un mundo que lo ignoraba o se burlaba de él. Había sido la víctima perfecta: invisible, torpe, prescindible. Pero ya no más. Si el Trochil lo quería como presa, él les demostraría que podía ser el cazador. No se rendiría sin pelear. Llevaría la guerra a esas criaturas de ultratumba que lo habían marcado, y si iba a caer, lo haría con las manos manchadas de su sangre negra.

Se levantó de la cama con una determinación que nunca había sentido. Su habitación, un caos de posters descoloridos y ropa amontonada, se convirtió en su cuartel de guerra. Necesitaba un plan, y rápido. Lo primero era aprender todo lo posible sobre sus enemigos. Encendió su vieja computadora, que zumbaba como un motor moribundo, y buscó en la web información sobre vampiros. Entre artículos sensacionalistas y foros conspirativos, encontró referencias al cine mexicano de terror. Recordó las películas que su tío mencionaba entre risas: Santo contra las Mujeres Vampiro, Santo en el Tesoro de Drácula y Los Vampiros de Coyoacán. Las descargó de un sitio pirata con una mezcla de culpa y urgencia, y las vio en una maratón febril. En ellas, los luchadores enfrentaban a los seres de la noche con llaves, saltos y una valentía que parecía desafiar la lógica. El Santo, con su máscara plateada, no temblaba ante los colmillos; los derribaba con una plancha voladora o un tope suicida. Gilberto sintió un chispazo de inspiración. Si esos héroes podían combatir a los vampiros con sus cuerpos, él también podría intentarlo.

Se puso de pie, tomó su almohada y practicó una que otra llave que había visto: una DDT imaginaria, un candado al cuello que hizo crujir el relleno. Sudaba, jadeaba, pero no se detuvo. Hizo unas lagartijas torpes, sus brazos temblando bajo su peso, y luego unos abdominales que lo dejaron sin aliento. Quería imitar a los luchadores, pero descartó untarse de aceite como ellos; su madre lo mataría si manchaba su ropa, y ya tenía suficientes problemas. Sin embargo, sabía que la lucha libre no bastaría. Necesitaba armas, algo que nivelara el campo contra esas bestias.

Buscó en la web cómo bendecir agua. Encontró un ritual casero: una oración sencilla y un poco de fe. Tomó una botella de agua embotellada del refrigerador, cerró los ojos y murmuró las palabras con voz temblorosa, imaginando que la convertía en un arma sagrada. Luego fue al cuarto de su abuela, quien dormía profundamente, y robó un rosario viejo y gastado que colgaba de un clavo en la pared. Sus cuentas de madera estaban desgastadas por años de rezos, y eso le dio esperanza. En un cajón olvidado encontró una biblia miniatura que unos mormones le habían regalado una vez, cuando tocaron a su puerta para evangelizar. La guardó en su mochila como un talismán.

Pero necesitaba algo más ofensivo. En la cocina, encontró el palo de la escoba. Con un cuchillo de punta roma, lo afiló hasta convertirlo en una estaca rudimentaria, sudando mientras las astillas caían al suelo. Escondió los restos del mango bajo un trapo, rezando para que su madre no notara la desaparición. Al terminar, su arsenal estaba listo: agua bendita, un rosario, una biblia y una estaca. No era mucho, pero era algo. Cayó rendido en la cama, exhausto, con el corazón latiendo fuerte. Por primera vez en mucho tiempo, durmió con una chispa de esperanza. Tal vez, solo tal vez, podría sobrevivir al Trochil.

A la mañana siguiente, despertó con el peso de la realidad: le quedaban menos de 24 horas. El reloj del Trochil seguía su marcha implacable, y él sabía que no tenía tiempo para perfeccionar su plan. Antes de salir, tomó un cuaderno y escribió una carta de despedida a su familia. Las palabras salían torpes, entre garabatos y tachones: "Si no vuelvo, es por algo que no puedo explicar bien. Hay vampiros, un sitio en internet, y Germi me traicionó. No es mi culpa. Los quiero". La guardó bajo su colchón, con la esperanza de que nunca la encontraran.

El día escolar pasó como una bruma. Asistió a clases, respondió mecánicamente a las preguntas de los profesores, pero su mente estaba en otro lugar. En su mochila llevaba su arsenal: la estaca envuelta en una sudadera vieja, la botella de agua bendita, el rosario y la biblia. Durante el receso, practicó mentalmente las maniobras de lucha libre, imaginando cómo atraparía a un vampiro en una llave de rendición. Miró a Germi desde lejos, rodeada de sus amigas en el patio. Ella reía, su cabello dorado brillando al sol, como si el mundo fuera un lugar ligero y sin sombras. Pero Gilberto ya no la veía como antes. El encanto se había roto; en su lugar, sentía un nudo de odio y asco. ¿Cómo podía alguien traicionar así? ¿Vender a otro ser humano solo para unirse a un club de degenerados que disfrutaban viendo morir a la gente en manos de bestias? La musa de sus sueños se había transformado en un monstruo más cruel que los vampiros que lo acechaban.

Había calculado que las 48 horas terminarían al final del día escolar. Siguió su rutina como si nada, pero cada paso estaba cargado de tensión. Cuando sonó la última campana, se dirigió al estacionamiento, fingiendo ajustar su mochila mientras observaba a Germi subir al auto de sus "padres". Los vio con nuevos ojos: siempre vestían de negro, con gafas oscuras que ocultaban sus rostros, y su piel tenía un tono pálido, casi ceroso. ¿Eran realmente sus padres? ¿O eran algo más, algo que había estado frente a él todo este tiempo sin que lo notara? Antes de que pudiera reflexionar demasiado, unas sombras emergieron de los arbustos cercanos. Sintió un golpe en la nuca, y todo se volvió caos. Manos frías lo agarraron, una funda de almohada le cubrió la cabeza, y lo arrojaron a la cajuela de un auto. Forcejeó, pero el espacio era estrecho, y el pánico lo cegó por un momento.

El motor rugió, y el vehículo se puso en marcha. Gilberto, aún consciente, intentó calmarse y contar los minutos. El trayecto fue largo, más de una hora, lo que le hizo suponer que lo llevaban fuera de la ciudad, probablemente a un lugar rural donde los gritos no llegarían a nadie. El aire en la cajuela olía a gasolina y metal, y el traqueteo del camino le golpeaba las costillas. Pero no se rindió. Apretó los dientes y repasó su plan: si lo llevaban al Trochil, usaría lo que había aprendido. No sería la presa temblorosa que esperaban; sería el luchador que los haría arrepentirse.

Cuando el auto finalmente se detuvo, oyó voces apagadas y el crujir de grava bajo botas. La cajuela se abrió, y unas manos lo sacaron a rastras. Le arrancaron la funda de la cabeza, y el aire frío de la noche le golpeó el rostro. Estaba en un claro rodeado de árboles oscuros, bajo un cielo sin estrellas. A lo lejos, antorchas parpadeantes iluminaban una estructura circular de madera y piedra: la arena del Trochil. Figuras encapuchadas lo rodeaban, sus rostros ocultos tras máscaras grotescas. Entre ellos, reconoció a Germi. No había sorpresa en su mirada, solo una frialdad calculadora. Llevaba un vestido negro que parecía absorber la luz, y sus labios se curvaron en una sonrisa que no era humana.

"Bienvenido, Gilberto", dijo, su voz como un filo helado. Él la miró fijamente, su miedo transformándose en furia. "No voy a ser tu boleto de entrada", gruñó, su voz más firme de lo que esperaba. "Si me quieren muerto, van a tener que pelear por eso".

Un murmullo recorrió a los encapuchados, y Germi soltó una carcajada seca. "Qué valiente. Pero no eres el héroe de una película barata, Gil. Esto es real". Hizo una señal, y las sombras a su alrededor

comenzaron a moverse, rápidas y silenciosas. Sus ojos brillaban con un rojo antinatural bajo las capuchas.

Gilberto metió la mano en su mochila, que milagrosamente aún llevaba consigo, y sacó la estaca. No tenía tiempo para dudar. Recordó a El Santo, a Mil Máscaras, y se lanzó hacia adelante con un grito. No era la víctima. No esta vez. Era el cazador, y esta noche, el Trochil sabría lo que era enfrentarse a alguien que había decidido dejar de correr.

El claro se llenó de un silencio opresivo, roto solo por el crepitar de las antorchas y el eco de la risa de Germi, que aún resonaba como un cuchillo en el aire. Las figuras encapuchadas se movían en círculos a su alrededor, sus ojos rojos brillando como brasas bajo las sombras de sus máscaras.

Gilberto apretó la estaca en su mano derecha, sintiendo el sudor resbalar por su palma. Su mochila colgaba torpemente de un hombro, pero no había tiempo para ajustarla. Recordó las películas de El Santo, las llaves de Mil Máscaras, y respiró hondo. No era un luchador entrenado, pero tenía algo que esos vampiros no esperaban: la furia de alguien que se había cansado de ser la presa.

"¡Vamos!" gritó, su voz cortando la noche como un desafío. Las sombras se detuvieron por un instante, sorprendidas por su audacia, y luego se abalanzaron sobre él con una velocidad inhumana. El primero llegó desde su izquierda, un borrón de capa negra y colmillos relucientes. Gilberto reaccionó por instinto, girando sobre sus talones y lanzando un golpe torpe con la estaca. Falló por centímetros, pero el movimiento lo salvó de unas garras que rasgaron el aire donde había estado su cuello. Sin pensarlo, se dejó caer al suelo y rodó, recordando un movimiento que había visto en Santo contra las Mujeres Vampiro: el escape del tope suicida.

Se puso de pie justo a tiempo para ver a otro vampiro saltar desde la derecha. Esta vez no dudó. Aferró la estaca con ambas manos y la clavó hacia arriba, como si fuera una lanza improvisada. La punta de madera se hundió en el pecho de la criatura con un crujido húmedo. Un alarido inhumano desgarró la noche, y el vampiro se desplomó, retorciéndose mientras su cuerpo se deshacía en cenizas grises. Gilberto jadeó, el corazón latiéndole en los oídos. Funcionaba. Las leyendas eran ciertas. La madera en el corazón los mataba.

No tuvo tiempo de celebrar. Dos más vinieron desde direcciones opuestas, sus movimientos coordinados como los de una manada de lobos. Gilberto dejó caer la estaca —estaba demasiado atascada en las cenizas del primero— y metió la mano en su mochila. Sacó la botella de agua bendita, la destapó con dedos temblorosos y la arrojó en un arco amplio. El líquido salpicó a ambos vampiros, y donde tocó su piel, se alzaron volutas de humo blanco acompañadas de chillidos agudos. Uno se tambaleó hacia atrás, arañándose la cara, mientras el otro, furioso, se lanzó contra él con las garras extendidas.

Gilberto se agachó y, recordando una llave básica de lucha libre, atrapó al vampiro por la cintura. Con un esfuerzo que le arrancó un gruñido, lo levantó y lo arrojó al suelo en una especie de suplex desgarbado. La tierra tembló bajo el impacto, y antes de que la criatura pudiera reaccionar, Gilberto se montó sobre su pecho y sacó el rosario de su mochila. Lo presionó contra la frente del vampiro, recitando a gritos una oración a medio recordar: "¡Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre!". El vampiro se convulsionó bajo él, su piel burbujeando como si el rosario fuera un hierro candente. Un hedor a carne quemada llenó el aire, y con un último estertor, la criatura se desintegró en polvo.

El otro vampiro, aún afectado por el agua bendita, se recuperaba lentamente. Gilberto no le dio oportunidad. Corrió hacia él, saltó y lanzó una plancha voladora improvisada, estrellando todo su peso contra el torso de la criatura. El impacto lo dejó sin aliento, pero el vampiro cayó de espaldas,

aturdido. Gilberto buscó en su mochila y extrajo la biblia miniatura. Sin saber qué más hacer, la abrió al azar y empezó a leer en voz alta un pasaje del Salmo 23: "Aunque camine por el valle de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno". El vampiro rugió, tapándose los oídos como si las palabras fueran ácido, y Gilberto aprovechó para patearlo en la cabeza con todas sus fuerzas. No fue una llave elegante, pero funcionó: la criatura quedó inmóvil el tiempo suficiente para que él recogiera la estaca del suelo y la clavara en su corazón. Más cenizas se esparcieron por el viento.

Jadeante, Gilberto se puso de pie, tambaleándose. La arena estaba llena de polvo gris y manchas humeantes, pero aún quedaban enemigos. Germi observaba desde el borde del círculo, su sonrisa reemplazada por una mueca de incredulidad. Las figuras encapuchadas murmuraban entre sí, y nuevas sombras comenzaron a emerger de los árboles. Eran más rápidas, más grandes, sus colmillos brillando como dagas bajo la luz de las antorchas. Gilberto supo que estos no eran lacayos; eran los verdaderos depredadores del Trochil.

"¡No soy tu víctima!" gritó hacia Germi, su voz ronca pero firme. Ella inclinó la cabeza, como evaluándolo por primera vez, y luego levantó una mano. Las criaturas avanzaron en un ataque coordinado, cuatro de ellas rodeándolo como una jaula viviente. Gilberto respiró hondo, recordando cada maniobra que había practicado con su almohada. No había espacio para el miedo ahora; solo para la lucha.

El primero vino de frente, y Gilberto lo esquivó con un giro torpe, atrapándolo en un candado al cuello improvisado. Apretó con toda su fuerza, ignorando el dolor de las garras que rasgaban su brazo, y giró el cuerpo del vampiro para usarlo como escudo contra el segundo atacante. Las garras del segundo se hundieron en su compañero, dándole a Gilberto el segundo que necesitaba para arrojar al primero al suelo y pisarle el pecho con fuerza. Sacó la botella vacía de agua bendita —aún con unas gotas— y la estrelló contra la cabeza del vampiro, rociándolo con lo último del líquido sagrado. El grito de la criatura fue ensordecedor mientras se desmoronaba.

El segundo vampiro lo embistió desde un lado, derribándolo. Gilberto cayó con un golpe seco, el aire escapando de sus pulmones, pero rodó instintivamente y se levantó con la estaca en mano. La clavó hacia arriba justo cuando la criatura saltaba sobre él, atravesándole el pecho en el aire. El peso del vampiro lo hizo retroceder, pero mantuvo el agarre hasta que el cuerpo se deshizo en cenizas. Dos menos.

Los últimos dos atacaron juntos, uno por delante y otro por detrás. Gilberto no podía enfrentarlos a ambos con armas; necesitaba su cuerpo. Dejó caer la estaca y corrió hacia el de adelante, fingiendo un ataque directo. En el último segundo, se deslizó entre sus piernas como había visto en Los Vampiros de Coyoacán, giró y saltó sobre su espalda. Lo rodeó con los brazos en una llave de tijera, apretando las piernas alrededor de su cuello. El vampiro se tambaleó, arañando el aire, mientras el otro intentaba alcanzarlo desde atrás. Gilberto soltó al primero, lo empujó hacia su compañero y aprovechó el choque para recoger la estaca. Con un grito que era mitad furia, mitad desesperación, la clavó en el corazón del primero y luego, sin pausa, giró y apuñaló al segundo en el pecho. Ambos colapsaron en una nube de polvo, y el silencio volvió a la arena.

Gilberto cayó de rodillas, jadeando, cubierto de sudor y sangre. Su camisa estaba rasgada, su brazo sangraba, pero estaba vivo. Las figuras encapuchadas retrocedieron, sus murmullos ahora llenos de algo que parecía miedo. Germi dio un paso adelante, sus ojos verdes brillando con una mezcla de furia y fascinación.

"No eres lo que esperaba", dijo, su voz cortante como el filo de una navaja. "Pero esto no termina aquí". Gilberto se levantó, tambaleante pero desafiante, la estaca aún en su mano. Escupió al suelo.

Por primera vez, no era el chico invisible. Era el luchador que había enfrentado a las sombras y las había hecho retroceder.

El aire en la arena del Trochil vibraba con una tensión eléctrica, las cenizas de los vampiros caídos aún flotando como un velo gris en la brisa nocturna. Gilberto estaba de pie, jadeante, con la estaca ensangrentada en una mano y el rosario colgando de su cuello como una medalla ganada en batalla. Las figuras encapuchadas retrocedían, y Germi lo observaba con una mezcla de furia y fascinación. Pero el momento de triunfo se desvaneció tan rápido como había llegado. Un rugido grave emergió de los árboles, un sonido que no era humano ni animal, sino algo más profundo, más antiguo. Las sombras se multiplicaron, y de la oscuridad surgieron decenas de vampiros, más de los que había imaginado en sus peores pesadillas.

No eran como los primeros. Estos eran más altos, sus cuerpos deformados por músculos antinaturales, sus colmillos tan largos que sobresalían como dagas curvas. Sus ojos no solo brillaban; ardían con un rojo infernal que prometía una muerte lenta. Gilberto dio un paso atrás, su valentía tambaleándose. Eran demasiados. Ni las llaves de lucha libre, ni el agua bendita, ni la estaca podían contra una horda así. Corrió hacia su mochila, buscando algo, cualquier cosa, pero los vampiros ya estaban sobre él. Uno lo golpeó con una fuerza que lo lanzó varios metros, haciéndolo estrellarse contra el suelo de tierra húmeda. El dolor explotó en su espalda, y la estaca se le escapó de las manos. Otro lo levantó por el cuello, sus garras cortándole la piel, y Gilberto sintió el aliento helado de la criatura en su rostro.

Intentó forcejear, pateando y gritando, pero eran un enjambre. Sus armas estaban agotadas: el agua bendita se había acabado, la biblia yacía rota en el suelo, y el rosario no bastaba contra tantos. Lo rodearon, sus risas guturales resonando como un coro de muerte. Germi avanzó entre ellos, su vestido negro ondeando como una bandera de victoria. "Te dije que esto no terminaba, Gil", susurró, su voz cortante. "Eres valiente, pero no eres suficiente". Gilberto tosió, escupiendo sangre, mientras su mente corría en busca de una salida. Entonces lo recordó: su última opción, su carta desesperada. Metió la mano en el fondo de su mochila, donde había guardado algo que ni siquiera había querido tocar hasta ahora. Sus dedos encontraron una bolsa de plástico áspera, y un destello de esperanza lo atravesó. Era "La Madre de Todas las Palomas".

En el día anterior: El sol apenas despuntaba cuando Gilberto pedaleó hacia la escuela, con el peso de las horas del Trochil ya oprimiendo su pecho. Sabía que necesitaba más que agua bendita y una estaca para sobrevivir. En el estacionamiento, vio a Mona, un compañero de clase que siempre estaba en los márgenes, por razones misteriosas. Mona era un enigma: callado, con el cabello largo cayéndole sobre los ojos y una sonrisa torcida que ponía nervioso a cualquiera. Nadie sabía de dónde sacaba las cosas, pero siempre tenía algo ilegal o extraño en las manos: petardos caseros, cuchillos oxidados, incluso una vez un libro polvoriento que juraba era un grimorio. Los rumores decían que traficaba con contrabandistas o que su tío había estado en Vietnam, pero nadie preguntaba demasiado.

Gilberto se acercó, nervioso, con un billete arrugado de 200 pesos que había ahorrado de sus domingos. "Mona, necesito algo... grande", murmuró, mirando al suelo. Mona lo observó por un segundo, luego soltó una risita seca. "¿Grande como qué, Gil? ¿Un cohete pa’ espantar la gente?", "Algo que explote. Mucho. Algo que... no sé, que acabe con todo si me meto en problemas". Gilberto no explicó más, pero Mona no necesitaba detalles. Sus ojos brillaron con un entusiasmo malsano. "Tengo justo lo que quieres, pero te va a costar más que eso". Tras regatear un poco, Gilberto le dio el billete y una promesa de traerle una torta de lomo al día siguiente. Mona desapareció detrás de los baños y volvió con una bolsa de plástico negra, pesada y maloliente. "Esto es 'La Madre de Todas las Palomas'", dijo, dándole palmaditas como si fuera una mascota. Era una paloma muerta, hinchada y rígida, con las plumas pegajosas y un olor que hizo retroceder a

Gilberto. "La llené hasta el pico con explosivos plásticos. No preguntes de dónde los saqué. Solo tírala fuerte y corre, porque cuando estalla, no queda nada en pie". Gilberto la tomó con asco, sintiendo el peso de la muerte y la pólvora en sus manos, y la guardó en su mochila, rezando para no tener que usarla nunca.

De vuelta al presente, con las garras del vampiro apretándole el cuello, Gilberto sacó el explosivo de la mochila. El hedor era insoportable, pero no había tiempo para dudar. Los vampiros lo miraron, confundidos, y hasta Germi frunció el ceño, sin entender qué era esa cosa grotesca. "Si me voy, se van conmigo", gruñó Gilberto, su voz rota pero decidida. Con un último esfuerzo, arrancó el cordón que Mona le había indicado —un fusible improvisado— y arrojó la paloma al centro de la arena, justo donde los vampiros se agrupaban.

Cayó al suelo cuando el vampiro lo soltó, sorprendido, y rodó hacia un lado, cubriéndose la cabeza. Por un segundo, todo fue silencio. Luego, un estallido ensordecedor sacudió la noche. La explosión fue una bola de fuego y metralla, un rugido que hizo temblar la tierra y arrancó árboles de raíz. Las antorchas se apagaron en un instante, y los vampiros, atrapados en el epicentro, se desintegraron en un torbellino de carne y gritos cortados. La onda expansiva lanzó a Gilberto contra una roca, el impacto robándole el aliento, pero no se detuvo. Gateó, tosiendo entre el humo y el polvo, mientras pedazos de madera y piedra caían a su alrededor.

La arena del Trochil se convirtió en un cráter humeante. Las figuras encapuchadas que quedaban huyeron entre alaridos, sus capas ardiendo. Germi, más allá del alcance de la explosión, quedó inmóvil, su rostro pálido reflejando las llamas. Por un momento, sus ojos se encontraron con los de Gilberto, y había algo nuevo en ellos: no solo furia, sino miedo. Luego, ella también desapareció en la oscuridad, tragada por los árboles.

Gilberto se arrastró hacia el borde del claro, su cuerpo gritando de dolor. El fuego crepitaba detrás de él, devorando lo que quedaba del Trochil. ¿Había sobrevivido? ¿O estaba muerto, atrapado en un último sueño mientras su vida se apagaba? No lo sabía. Su visión se nubló, el zumbido en sus oídos ahogando todo lo demás. Lo último que vio fue el cielo sin estrellas, antes de que la oscuridad lo reclamara.

Días después, los rumores corrieron por el pueblo. Un incendio inexplicable en las afueras, un cráter donde antes solo había bosque. Algunos decían que habían encontrado restos carbonizados, otros que el lugar estaba vacío, como si algo sobrenatural lo hubiera borrado todo. De Gilberto no se supo más. Su bicicleta quedó abandonada en el estacionamiento de la escuela, y su familia encontró la carta bajo el colchón, un garabato incomprensible que los dejó llorando sin respuestas. ¿Murió en la explosión, consumido por su propio acto de rebeldía? ¿O escapó, herido pero vivo, para esconderse de las sombras que aún podrían buscarlo? Nadie lo supo con certeza. El Trochil había caído, pero su leyenda, como la de Gilberto, quedó suspendida en un eco de misterio.